

El Coronavirus llegó a Italia

Nayelli Orihuela Alarcón

Estuve en Italia durante los meses de noviembre y diciembre del año pasado. Viajé con mi papá y Gustavo, mi esposo. Gustavo estuvo sólo un par de semanas y regresó a México, pero mi papá y yo estuvimos durante un mes en el norte del país, en la región del Véneto, en la hermosa ciudad de Vicenza, en el diminuto pueblo de Arcugnano.

Nunca me había cansado tanto en un viaje, recorrí casi todo el país, disfruté cada rincón lleno de arte, la magnificencia de las pinturas y esculturas, el esplendor del pensamiento occidental; pero deseaba regresar a México a descansar, a ver a Gustavo y a mis gatos.

No pasó mucho tiempo desde que volví del viaje, cuando Fiore, una amiga de mi papá (y ahora mía) que vive en Vicenza, me contó que un virus que se había originado en China había llegado a Italia y estaba provocando una gran movilización de los servicios médicos. Tuve esa noticia antes de que los grandes medios de comunicación se encargaran de publicarla. Cada día Fiore me contaba con preocupación lo que estaba pasando, y conforme avanzaban los días el panorama se comenzó a complicar más, al grado que tuvieron que confinarse en sus casas. Se canceló el carnaval de Venecia.

Cada que leo en los medios de comunicación todo lo que ahora sucede en Italia, puedo ver el rostro de los ancianos y las ancianas, pensar en la Piazza del Duomo de Milán, que es casi imposible que esté vacía y ahora lo está. Veo con horror cómo se han multiplicado las esquelas que se suelen pegar en las paredes de los pueblos anunciando la muerte.

II

Desde una habitación de mi casa, destinada a ser mi oficina, la vida no se ve tan mal. Llevo aquí encerrada un año, desde que murió mi madre. Consideré oportuno vivir mi duelo en confinamiento. Aquí he seguido trabajando, estudiando, leyendo. Por eso el encierro de esta cuarentena no me parece difícil de sobrellevar, no he modificado lo que he hecho últimamente. Sólo que ahora ya no hay salidas a

restaurantes, paseos de fin de semana, visitas a museos y a mis talleres de escritura y cosmovisión hñahñu. Extraño estar un viernes cantando y riéndome en alguna cantina, las largas charlas con mi querido amigo.

Sin embargo, mi preocupación central es lo que pasa en el exterior, aunque no lo pueda ver. Me entero que prevalece la ignorancia por sobre la evidencia científica, sé que hay infinidad de teorías conspiracionistas, que no hay mucha capacidad de pensar en el otro. Sé que es un momento histórico en el que exagera la xenofobia, el pánico, la incertidumbre, que lo mismo han quemado cuevas de murciélagos que hospitales. Veo que las personas en Ecuador están abandonando los cadáveres de sus familiares en la calle por falta de servicios médicos y funerarios.

III

Fiore me sigue contando que los servicios médicos están desbordados, que si son ancianos tienen menos probabilidades de ser atendidos, me advierte sobre los alimentos e insumos que se deben de adquirir para evitar salir y sigo con tranquilidad sus consejos. Yo me encerré de forma voluntaria desde hace 15 días cuando mis actividades fuera de casa se suspendieron.

He descargado una cantidad de libros que han circulado, he visto documentales, he escuchado conciertos, he platicado mucho con amistades que desde hace tiempo no me escribían, he dado consejos sobre política, sobre relaciones humanas, sobre economía. Siento que las personas están entrando a mi mundo, a mi rutina, que forman parte de mi pensamiento, que caminan con mi misma tranquilidad.

Tengo esperanza de que la sociedad no “vuelva a la normalidad”, de que las pequeñas acciones de solidaridad que estamos gestando se repliquen, de seguir viendo a profesionistas ofrecer clases virtuales, de seguir escuchando conciertos gratuitos, de ver a expertos explicar obras de arte. De que la gente tenga tiempo para platicar, para jugar con sus hijos, de contarse historias alrededor del fuego, de que aprendan a estar en silencio, a caminar más despacio, que dejen anidar a las tortugas.

Gustavo y yo nos divertimos en casa, hacemos tertulias cualquier noche, ponemos música y jugamos con los gatos. Estoy segura de que el tiempo acomoda todo, que necesitábamos volver a mirarnos para adentro, sentir nuestra respiración, ordenar, descansar, pensar, sabernos vulnerables.

Respecto al futuro, se define en una sola frase: "Ahora que todo esto pase"...